

sion de las armas y á vender su sangre á capitanes tambien aventureros. Del mismo modo que Carmagnola, Bracio y otros vários lo hicieron en el siglo XV en Italia, habia propagado Ificrato entre los griegos el gusto de hacer la guerra por oficio, destinando estas legiones al servicio de quien las pagaba mejor. Habiendo perdido estos hombres la costumbre al trabajo, no deseaban sino los combates como ocasion de botin y medio de violencias, y ofrecian un ejército á todo el que le comprase, sean las que fueren las causas ú objeto de la guerra.

Jason, tirano de Pheres, fué el primero que pensó en sacar partido de ellos para aumentar su dominacion (370), sometió á su autoridad á toda la Tesalia y profesaba abiertamente que eran necesarias muchas pequeñas injusticias para ser justo en las cosas grandes.

Era la Tesalia un país de nobles feudatarios, semejantes á nuestros barones de la edad media; como ellos cubiertos de hierro caballero y caballo, enriqueciéndose con el botin que conseguian, avaros de peligros, pero aún mucho más de placeres, hasta el punto de hacer bailar en su presencia jóvenes enteramente desnudas. Con semejantes costumbres es fácil predominar á una familia; esto es lo que aconteció á la de los Aleuados de la raza de Hércules. Habiendo á fuerza de artificios reunido Jason bajo su ley á toda la Tesalia y aumentado sus tropas, refrenó á sus belicosos vecinos, hizo temblar á la Macedonia, subyugó la Epira, y concibió la esperanza de llegar á ser capitán general de todas las fuerzas griegas. No habiendo podido conseguirlo, se convirtió en medrador entre Esparta y Epaminondas, y procuró obtener la alta direccion de los juegos Pithios. Meditaba la conquista de Babilonia cuando fué asesinado.

Mantuvieron los de Tesalia en el poder á su familia: Polifron mató á su hermano Polidoro para conservar solo la autoridad que Alejandro le arrebató en breve con la vida. Hemos visto á este feroz tirano apoderarse por traicion de Pelópidas. Tevea, mujer de Alejandro, decia un dia al prisionero:—*Cuánta lástima tengo á tu mujer.—Más lástima te tengo á tí,* respondió Pelópidas, *que siendo libre vives con Alejandro.* No fué perdida esta frase, pues al poco tiempo dió muerte á su marido (356), de acuerdo con

sus dos cuñados Pitolo y Licofronte, que ascendidos al poder imitaron al tirano.

Cansados de sus excesos los aleuados invitaron á Philipo de Macedonia á que les prestase su asistencia contra los usurpadores. Este intervino gozoso como librtador, allí donde aspiraba á dominar como amo; pues aquella adquisicion debía aproximarle á la Grecia, aumentando sus rentas y sus fuerzas. Arrojó, pues, á los tiranos de Pheres, y los de Tesalia, más agradecidos que cautos, le cedieron las rentas de las ferias y de las ciudades de comercio así como el uso de las calas y de los arsenales. Onemarco, jefe de los focidios en la guerra sagrada, socorrió á los tiranos de Pheres, éste fué para Philipo un motivo ó un pretexto de guerra: le derrotó completamente (352), se hizo dueño de la Tesalia, guarneció las tres principales plazas y las redujo al estado de provincia macedónica. Juntando entonces á la táctica de Epaminondas la política de Jason, prosiguió los designios del tesaliano, y pensó en crearse un fuerte ejército para dominar en Grecia y amenazar á Oriente.

¡Desgraciadas las libertades bajo el yugo de un conquistador! Asiendo Filipo á la Macedonia con robusta mano, hizo propender el gobierno al despotismo; escogió para sí entre la nobleza una guardia, que le formó dentro del país una córte armada, y para el caso de salir de allí, le aseguró rehenes. Pero el mayor obstáculo que encontró á su proyecto de dominar la Grecia, consistia en ser extranjero: debía, pues, propender ante todo á hacer que se le considerara como heleno y á que se contase entre los estados helénicos la Macedonia.

Bajo este aspecto le sirvió la guerra sagrada de que acabamos de hacer mencion á medida de su deseo; guerra civil, que excitada por animosidades personales, dirigida por lo intriga, hecha con tropas mercenarias, acabó despues de diez años (356—346) con la deplorable intervencion del extranjero. Focidia, cuya situacion era de las más fuertes, debía al templo de Delfos inmensas riquezas, que le permitian mantener soldados estipendiados y gozar de una paz armada. Hacia mucho tiempo, que el Dios habia declarado malditos á los territorios de Crisa y de Cirra, de modo que sus habitantes fueron exterminados y condenadas las tierras á exter-

lidad eterna. Pero aconteció que los focidios cultivaron una parte y fueron declarados sacrilegos (357) por los amfictyones que fallaron á la par una multa de cinco talentos contra los espartanos por haber sorprendido en tiempo de paz á la ciudadela de Tebas.

Aquella asamblea mantenía aún los vínculos de la confraternidad entre los grandes y pequeños estados de Grecia; pero ya sus decisiones eran dictadas más á menudo por la intriga ó por la fuerza que por una severa justicia. No fué el sacrilegio ni la perfidia lo que determinó tales condenas, sino el rencor de los tebanos, deseosos de reanimar la lucha contra los espartanos. Elegido general por sus compatriotas el focidio Filomeno, cuya ambicion habia atizado el fuego, se apodera del templo de Delfos, y las enormes sumas que allí encuentra le sirven para asalariar las tropas llegadas de Atenas y de otros puntos para hacer frente á los tebanos y á los locrios, sus aliados; éstos iban, con efecto, á ejecutar la sentencia de los amfictyones, quienes habian fallado la confiscacion del territorio de los focidios contumaces. Habiendo sido muerto Filomeno (353), le sucede Conemarco, su hermano; tan ambicioso como él, aunque más valiente y artificioso. Continúa haciéndose prestar dinero por el oráculo de Apolo, atrae á sí gran número de tropas con el incentivo de un crecido sueldo, y triunfa de los alidos á quienes se ha reunido Philipo de Macedonia; pero pierde la vida sosteniendo contra este último á los dos tiranos de Feres, y deja su peligroso puesto á Failo, su tercer hermano.

Continuaba la guerra con mucho encarnizamiento como todas las guerras sagradas; los tebanos mataban como escomulgados á todos los focidios que caian en sus manos; otro tanto hacian los focidios por represalias, cada dia más bárbaros, á la par que se corrompian en medio de las grandes riquezas puestas en circulacion por la brecha abierta al tesoro de Delfos. Paseábanse jóvenes de infame vida y cortesanias, adornadas con donativos sagrados; en Metaponta una flautista asistia á una fiesta pública llevando en el dedo una joya que habia regalado al dios aquella ciudad.

Failo redujo á dinero cuanto quedaba de aquel tesoro, elevándose á 4,000 talentos (unos 64,000,000 de reales), además seis mil estatuas

de plata, y tal vez una mitad más disipado ó robado. Tan poderosos argumentos le valieron no sólo gran número de mercenarios, sino tambien el socorro de los lacedemonios y de los atenienses. Tebanos, dorios, locrios, cuantos devotos tenia el dios, se apoyaban entonces en Philipo, que ganaba en consideracion y en parcialidad haciéndose protector de la religion, y ahuyentaba las sospechas pasando una alegre vida mientras aumentaba sus fuerzas con la agrecacion de la caballería tesaliana á la macedónica falange (348). A la cabeza de estos formidables cuerpos intentó penetrar en Grecia; pero los atenienses repelieron á aquellos bárbaros, por haber acudido á las Termópilas oportunamente: luego se reunieron los amfictyones y resolvieron vigilar á Philipo.

Humillado, pero siempre valeroso, asedia á Olinto, la toma y dismantela asegurando de esta manera sus fronteras contra sus incómodos vecinos: dos traidores, que le habian facilitado la conquista de esta plaza, llegaron á quejarsele de que los mismos lacedemonios los despreciaban y los trataba de desleales:—*¿Qué os importan,* les dijo Philipo, *los discursos de gentes groseras que llaman las cosas por su nombre?* Una vez ya en posesion de Olinto, celebra con gran solemnidad la fiesta de las Musas, á la cual convida á todos los griegos tanto amigos como enemigos; da, como en los juegos olímpicos un convite general, y él mismo corona á los soldados vencedores, siempre deseoso de imitar á aquellos griegos entre los cuales aspira á contarse.

Recurrieron los olintos á los atenienses, pero apenas manifiesta Philipo que sabe combatir con el oro, cuando encuentra oradores para exaltar las virtudes que tiene ó inventar las que le faltaban; generales que hiciesen traicion á sus ejércitos; incendiarios, para poner fuego á los arsenales; oráculos para philipizar. Cuanto más tardan y son débiles y lentos los socorros que se envian á Olinto, tanta más actividad desplega Philipo en sus empresas, y mientras que las embajadas no hacian mas que ir y venir, se apodera una á una de todas las colonias y arroja á los atenienses de la Eubea. Despues cuando nada le resta ya que adquirir, consiente en hacer la paz, de la que excluyó no obstante á los focios (347). Inmediatamente des-

pues para castigar á los sacrilegos y secundar á los tebanos, franqueó las Termópilas que ya había pasado el muló cargado de oro, puso el pié en aquella tan deseada Grecia, invadió la Focidia, terminó la guerra sagrada sin derramar una gota de sangre, fué elevado é incensado por sus amigos y temido por sus enemigos.

Convoca al momento los amfictyones, á quienes obliga á decretar la demolición de las fortalezas de los focidios, la proscripción de los jefes y su exclusión del número de los doce estados confederados, sustituyéndoles los macedonios. Mas como los corintios habían prestado asistencia á estos profanos, fueron relevados del cargo de la superintendencia de los juegos pitios por el mismo decreto y confiriósele á Philipo.

Veíase cumplido su voto; era helenio, presidía moralmente á las deliberaciones de la Grecia, había humillado á Atenas y Esparta, y aún peor, pues las había corrompido. Jamás se habían visto intrigas tan perversas ni descaras; jamás se vió un tráfico de las conciencias y de los votos ejercido con semejante baja; jamás se vió tal prostitución de la moral y del patriotismo. Había hecho caer en desprecio las cosas santas la guerra sagrada, y si la impiedad había sido castigada por sus derrotas, era envidiada por los que la veían recompensada con el oro del oráculo.

Existía otro oro tan corruptor como el primero, porque no pagaba mas que indignos servicios, aquel del que Philipo era dispensador pródigo. Importándosele poco de la justicia y de la lealtad, se deslizaba por los más tortuosos senderos, cambiaba según las circunstancias, afectaba el vicio y la ligereza sin dejar de seguir sus proyectos con circunspección perseverante.

Ya no conservaba Atenas más que la incontestable supremacía del saber y bellas letras, como también el privilegio de discernir el vituperio de la alabanza, pero sostenía aún un resto de aquellas murallas de madera que le había aconsejado el oráculo; podía oponer á Philipo una marina, que aunque debilitada, era en mucho superior á la suya, y dos grandes hombres, Demóstenes y Phocion. Debía el primero á la naturaleza y á un obstinado trabajo, una elocuencia que aún no ha tenido igual;

unía una política de suyo previsora, á la confianza en un porvenir mejor, que la providencia parece alimentar en ciertos corazones para no extinguirse del todo el entusiasmo, y que la duda desanimadora no detenga las acciones generosas; soñaba aún con el tiempo de Aristides y Temístocles, en que el patriotismo era la primera virtud de los ciudadanos. Creía que á la primera necesidad de la patria, aquellos tesoros de que Atenas tenía mayor parte que todo el resto de la Grecia, serían prodigados por los ciudadanos; que el amor al suelo natal produciría más dinero que los mil doscientos camellos que traían los tributos de las naciones á los piés del gran rey; los mismos mercenarios venderían á éste sus servicios en el Ganjes ó en el Oronté, pero nunca contra los griegos.

No ignoraba, sin embargo, la depravación de sus conciudadanos: *Philipo no nos desprecia, pero ha sabido por sus embajadores lo que os he dicho en plena asamblea, que nuestra nación es la más incostante del mundo; que es como la ola del mar fácil en moverse; que el que tiene amigos hace lo que quiere; pero que nadie piensa en el bien público.* De este modo intrépido y vehementemente aniquilaba á sus enemigos, y hacía resonar en los oídos de una afeminada muchedumbre los nombres ya en desuso de gloria, interés público y patria; poder moral que protexta contra la fuerza física.

Por el contrario, Phocion consideraba las cosas como hombre desengañado, desconfiaba de su carácter y de los recursos de su patria, no obstante que la amaba y servía con más valor y probidad que el mismo Demóstenes, pero casi como un médico que asiste á un enfermo de cuya curación se desespera. Creyendo que el ciudadano debe á la manera del héroe de Homero, saber obrar y hablar, había estudiado la elocuencia, no para hacer alarde de ella, sino para explicarse de la manera más concisa y eficaz. Viéndole alguno meditar profundamente, en el momento de tomar la palabra, le dijo: *¿En qué piensas, Phocion? Pienso,* respondió, *en el medio de abreviar lo que tengo que decir.* En efecto, su argumentación rotunda daba al traste muchas veces con la florida elocuencia de Demóstenes, que le llamaba por esta causa el hacha de sus discursos. Decía Leosteno: *Se parecen, hijo mío, tus palabras á los cipreses que*

se elevan mucho pero no dan fruto. La integra pobreza que oponía públicamente al delirio de la turba dominadora, formaba un doble contraste con la depravación y venalidad de los que le rodeaban. Admirado un día de oír á la muchedumbre elogiar su discurso, preguntó á uno de sus amigos: *¿Qué, se me ha escapado alguna tontería?* Como Demóstenes le dijera: *El pueblo te dará muerte si se vuelve loco,* él le respondió: *Y á ti si se vuelve sabio.* Habiendo el inepto y deplorable Charés ridiculizado las espesas cejas del filósofo, dijo: *Mis cejas, oh atenienses, jamás os han causado daño de ninguna especie, pero las bufonadas de hombres semejantes os han hecho llorar constantemente.*

Desde luego penetraron Demóstenes y Phocion los proyectos de Philipo, dedicando todo su poder en su contra. Debemos admirarnos de que Phocion, que fué cuarenta y cinco veces investido con el mando, aconsejase siempre la paz, mientras que Demóstenes, que por el contrario, era cobarde por naturaleza, no predicó más que la guerra. Respondió Phocion á un ciudadano que le preguntaba si se atrevía aún á hablar de paz: *Si me atrevo, aunque en la guerra tendrías que obedecerme; mientras que en la paz tengo yo que hacerte contigo.* Y decía al pueblo: *Os aconsejaré la guerra cuando podáis sostenerla y que yo vea á la juventud obediente y valerosa, y á los ricos generosos con la república, y á los oradores que no engordan á expensas del Estado.*

Acudian, en efecto, los oradores á la tribuna con el vanidoso deseo de la victoria, no de la convicción del bien, y enseñaban los sofistas en la escuelas á usar de argucias, y no á demostrar la verdad; estaba confiada la defensa de Atenas á manos mercenarias; entreteníase la juventud en el vicio; eran malgastadas las rentas públicas en representaciones teatrales y en espectáculos; la proposición de darles otro empleo se hubiera considerado como un crimen capital; se vendía la justicia; la magistratura y mando se obtenían por la intriga; había sustituido al amor, á la gloria, la necesidad de una vida de goces, de escepticismo y el sarcasmo á las creencias religiosas; además, cuando un pueblo bárbaro llega á recoger la herencia de una civilización moribunda, difícilmente no sería suyo el triunfo.

Convertido Philipo en griego, con derecho ya á ser respetado y obedecido, quiere dejar al tiempo el cuidado de afirmar los nuevos sentimientos; se vuelve á Macedonia, y como si nunca hubiese pensado en los asuntos de la Grecia, dirige sus armas contra Tracia, Iliria, Chersoneso, extendiendo su reino entre el Danubio y el Adriático (314-312). Animado con lo que había hecho, pensaba hacer aún más; quéjase entonces de que los atenienses hubiesen ayudado á sus enemigos, y ocupa una parte de la Eubea que llamaba una de las ligaduras de la Grecia; asedia después bajo frívolos pretextos á Perinto y Bizancio (341), cuya posesión le hubiese asegurado el medio de hacer morir de hambre á Atenas cuando quisiera. En este momento despertaron de su letargo á los atenienses las Philipicas de Demóstenes. Por su consejo procuraron la alianza con el rey de Persia y pusieron en pié un ejército. Desplegó Phocion, á quien fué confiado el mando, grande habilidad, y forzó á Philipo á retirarse (340).

Para distraer de nuevo la atención, volvió el rey de Macedonia á sus expediciones sobre el Danubio, verificó sus incursiones en la Scythia, no descuidando de agitar la Grecia por medio de sus emisarios. Habiendo renovado los locros de Amphiso el sacrilegio de cultivar las tierras sagradas, se declaró la guerra (339); rival entonces Eschimo de Demóstenes en la elocuencia, pero vendido á Philipo, propuso y persuadió á los amfictyones elegir por general de los griegos al rey de Macedonia. Philipo que no deseaba otra cosa, se hace rogar algún tanto, después acepta, entra en Grecia, toma á Platea, plaza la más importante de Focidia, y deja conocer por su modo de obrar que su único móvil no es vengar la ofensa hecha á Apolo. Se creen los tebanos amenazados; predica Demóstenes sobre la inminencia del peligro; líganse entonces Atenas y la Beocia para conjurarle; en vano aconseja Phocion á sus conciudadanos el permanecer tranquilos; en vano la Pithia da respuestas siniestras; se batan en Cheronea (3 de Agosto 338) y son derrotados los aliados. Peleó el batallón sagrado de Epaminondas como debía hacerlo en la última lucha por la libertad, pereciendo hasta el último de los cuatrocientos. Demóstenes arrojó su escudo y huyó. Phocion que había sido excluido

sostuvo los ánimos é impidió que se abandonasen á la desesperacion.

Entregó esta jornada la Grecia á merced de Philipo, que se divertia y cantaba en alta voz en medio de las copas de los festines el decreto dado por Demóstenes. Pero el orador Demado, su prisionero, le dijo: *Si la fortuna te permite ser Agamenon, ¿por qué quieres mostrarte Ther-sito?* Esta justa reprimenda hizo entrar en sí mismo al rey de Macedonia, que, tomando un aire de generosidad, envió los prisioneros libres á Atenas; renovó con ella los tratados, concedió la paz á los beocios, pero dejando guarnicion en Tebas.

Juraba, no obstante, Demóstenes por las sombras de los héroes muertos en Platea, Artemisa y Salamina, que no habian cometido culpa los atenienses haciendo la guerra, creyeronlo, y fué tal la fé en sus palabras, que le encargaron de la fortificacion de Atenas decretándole una corona de oro que le fué vivamente disputada por Eschino.

Corria la voz de que Artajerjes VIII, nuevo rey de Persia, se disponia á atacar á Atenas para castigarla de haber sostenido la rebelion del sátrapa Farnabazo. Encontró (337) en ello Philipo una ocasion favorable de poner en ejecucion el gran designio que meditaba, el de armar toda la Grecia contra el Asia y completar el último acto de la gran tragedia médica, dejando para siempre fuera de combate á un enemigo que, primero con las armas, y despues con sus intrigas, no habia dejado de ser funesto á los griegos. No tuvo Philipo más objeto en esto que su personal ambicion; era, no obstante, un proyecto magnánimo; ninguna otra guerra podia reunir toda la Grecia en una sola confederacion; tenia ultrajes, tanto antiguos como modernos, que vengar, deseaban las ciencias adquirir nuevos conocimientos, y los aventureros anhelaban nuevos combates; la retirada de los Diez mil, la expedicion de Agesilao, las tentativas de Jason de Phéres demostraban que era posible y hasta fácil derribar el trono de Ciro.

¿Quién mejor que Philipo podia ponerse al frente de tan grande empresa? ¿Quién otro podia poner á los oradores en su favor y á los oráculos adoctrinados? Consábase Demóstenes en clamar:—*¿Por qué no despreciáis á ese Phi-*

lipo? Lejos de ser griego, nada tiene de tal, ni siquiera ha nacido de la sangre ilustre de los bárbaros; vil macedonio, desciende de un país de donde no nos ha llegado nunca ni un esclavo que valiera algo; el patriotismo extraviaba su juicio ó exageraba la expresion de su pensamiento.

Corrompido y corruptor, prodigando el oro á bufones, á corredores é impúdicos tesalios, profundo en el arte de disimular y fingir, generoso por cálculo y de una descarada mala fé, despreciaba Philipo al género humano á quien creia poder fácilmente comprar ó espantar; mas en medio de sus vicios se manifestó algunas veces digno discípulo de Epaminondas. No era un bárbaro el que se complacia en oír decir la verdad cuando su voz es tan importuna á los oídos de los grandes; llegó á decir que los oradores de Atenas le habian hecho un eminente servicio reprimiéndole sus defectos, pues de esta manera podría corregirse de ellos. Un prisionero que se iba á vender le dirigió varios cargos; entonces dijo:—*Poned á este en libertad, que no sabía que fuerá de mis amigos.* Como se le excitase á que castigara á uno que habia hablado mal de él, replicó:—*Veamos primero si le hemos dado motivo.* Una mujer á quien habia condenado al salir de un banquete, exclamó:—*Apelo á Philipo en ayunas.* Volvió á revisar el asunto, y decretó con más justicia. Otra, á la cual rehusaba audiencia, diciéndole:—*No tengo tiempo,* le respondió:—*Deja entonces de ser rey.* Acababa Democharés, embajador de Atenas, con bastante insolencia la mision que se le habia confiado, cuando habiéndole preguntado Philipo al despedirle si no podia hacer algo en favor de la república, obtuvo por respuesta:—*Si, ahocarte.* Indignados los presentes, se disponian á castigarle, cuando Philipo les dijo:—*Dejad en paz á ese bufon;* y dirigiéndose á los demas embajadores:—*Decid á vuestros compatriotas que el que insulta de esa manera es bien inferior á aquel que perdona teniendo poder para castigarle.*

Era más bien amigo de sus soldados que su general. Hermoseó á Pella con nuevos edificios, protegió las letras y bellas artes, honró el mérito hasta en sus enemigos, inspirándole su ambicion el deseo de introducir en sus estados la industria y la elegancia de las que tanto se habia alabado la Grecia. Con motivo del naci-

miento de Alejandro (356), su heredero presuntivo escribió á Aristóteles:—*Tengo un hijo, doy gracias á los dioses particularmente porque me le han concedido viviendo tú. Espero que quieras hacerle digno de sucederme.*

En el transcurso del tiempo repudió á Olimpias, hija del rey de los molosos y madre de Alejandro para casarse con Cleopatra; habiendo dicho Atalo, tío de esta segunda reina, en un banquete que ella daría á Philipo un heredero legítimo:—*Pues qué soy yo bastardo?* exclamó el jóven Alejandro y le arrojó una copa á la cabeza. Irritado Philipo se levantó para castigarle; pero el vino que con exceso habia bebido le hizo vacilar, y tropezando en las camisas cayó al suelo. Alejandro empezó á burlarse:—*Quieres pasar de Europa á Asia,* le dijo, *cuando no sabes tenerle en pie de una cama á otra.* Esta circunstancia le indispuso con su padre y le fué preciso salir del reino. Sea por efecto de su venganza ó de la de Olimpias, ó por instigacion de la Persia, deseosa de conjurar la tempestad que le amenazaba, ó por resentimiento personal, un tal Pausanias asesinó á Philipo mientras se verificaban las fiestas con motivo del casamiento de su hija (336). Tenia de edad cuarenta y siete años y habia reinado veinticuatro.

CAPÍTULO XIII

Alejandro Magno.

No teniendo los atenienses otra esperanza que la muerte de Philipo, pensaban poder respirar al fin bajo su hijo Alejandro; persuadidos de que iban á habérselas con un príncipe inhábil y vano, se entregaron á insolentes regocijos al saber la noticia del asesinato; olvidando Demóstenes haber dicho:—*Si Philipo muere, pronto crearáis otro nuevo,* se presentó coronado de flores y hasta propuso que se votaran acciones de gracias á los dioses y coronas á Pausanias; pero Phocion decia:—*El ejército que nos venció en Cheronea no se ha disminuído sino en un solo hombre.*

Le estaba reservado á Alejandro realizar con más grandeza los proyectos de su padre, pues se habia aprovechado de sus lecciones políticas, como de las de Aristóteles en ciencias, para en-

derezar su ambicion á un fin elevado; hubo de aguijonear más todavía esta ambicion la lectura habitual de la Iliada, á que llamaba guia del arte militar, y cuyos héroes, más ó ménos que hombres, echaron á perder quizá el carácter del que era más digno de regenerar á la Grecia. Preguntáronle un dia si disputaria el premio de los juegos olímpicos á imitacion de su padre:—*Si,* respondió, *cuando los competidores sean reyes.* Al ver á los embajadores de Persia en la córte de Macedonia, no se informó ni del lujo ni de los recibimientos fastuosos, ni del trono de oro de su soberano, sino de las fuerzas, de las distancias y de los caminos del reino, á lo que le contestaron:—*Nuestro schat es rico; pero Alejandro llegará á ser grande.* Cuando oía hablar de las conquistas de Philipo, exclamaba suspirando:—*Se apoderará de todo y no me dejará adquirir nada.*

La poca reputacion de que gozaba entre los griegos hacia depender hasta cierto punto su destino venidero de su entrada en escena. Escribió á Demóstenes que no le habia perdonado sus ofensas: *Me trataste de niño cuando me encontraba en el país de los triballos; de mozalvete cuando pasé á Tesalia; ya hombre, espero presentarme dentro de pocos dias bajo los muros de Atenas.* Primeramente marchó contra los triballos, los ilirios, los getos y los tracios, para castigarlos por haber osado rebelarse; habiéndose aumentado despues sus fuerzas con la caballería ligera que le proporcionaron los últimos, y especialmente los agrios, se encaminó á la Grecia, sublevada en contra suya. Tebas, que habia degollado á la tropa que la guarnecía, fué reducida á un monton de escombros (335); fueron vendidos treinta mil de sus ciudadanos; no perdonó más que á los sacerdotes y á los descendientes de Pindaro. Violentada por un soldado tracio una mujer tebana, le precipitó en un pozo: mandósele comparecer ante Alejandro, á quien dijo:—*Soy Timoclea, viuda de Teágenes, muerto en Cheronea, lidiando contra tu padre por la libertad de Grecia.* Alejandro la admiró.

Espantada entonces Atenas, se apresura á solicitar la paz: se la otorga á condicion de que habian de entregarle á Demóstenes, Iperido, Licurgo, Charidemo y otros instigadores de la rebeldía; pero habiéndose trasladado Demado cerca de él, consiguió que les perdonase, y se